

HACIA UN JUBILEO DE LA ESPERANZA

Geraldo Luiz de Mori, SJ¹

“Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana”².

Resumen

El 9 de mayo de 2024, el papa Francisco convocó el Jubileo de 2025 que tendrá como lema «Peregrinos de la esperanza». Con vistas al año 2033, en el que se celebrará el bimilenario de la muerte de Jesús, la bula de convocatoria, además de proponer el tema del año jubilar, establece su calendario e indica los elementos que deben guiar su conmemoración en la Iglesia. Gran parte de la Iglesia se prepara ya para esta conmemoración, que incidirá en la pastoral, la reflexión teológica y la dinámica de todos los segmentos de la Iglesia, y seguramente en la Vida Consagrada. Este texto, tras una breve presentación de la bula papal en su conjunto, se pregunta por el significado de un jubileo de la esperanza en el actual contexto sociocultural del mundo y de la Iglesia.

Palabras clave: Esperanza, Peregrinos de la esperanza, Jubileo 2025, Iglesia, Cristianismo.

Introducción

El 9 de mayo de 2024, el papa Francisco, con la bula *Spes non confundit* (SNC), convocó a la Iglesia al jubileo ordinario de 2025, que comenzará el 24 de diciembre de 2024 con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro en Roma. El texto de Rom 5,5: «*La esperanza no engaña*» es la inspiración de este jubileo, que tendrá como lema: «*Peregrinos de la esperanza*». El último jubileo ordinario, celebrado en el año 2000, estuvo fuertemente marcado por la conmemoración del bimilenario del nacimiento de Jesús. El actual, según la bula papal, mira ya hacia 2033, cuando se recordará el bimilenario de la «redención». Un acontecimiento de este tipo movilizará sin duda a millones de fieles, que acudirán a Roma para las celebraciones previstas, por no hablar de

¹ Jesuita, teólogo, profesor de teología sistemática en la Facultad Jesuita de Filosofía y Teología (FAJE), en Belo Horizonte, Brasil. Miembro del Grupo de Santiago (Teología Práctica), del comité editorial de la revista internacional de teología *Concilium*. Posee una beca del investigador del Consejo Nacional del Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq), Brasil. E-mail: prof.geraldodemori@gmail.com

² Francisco. “*Spes non confundit*. Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025”.

las innumerables actividades que se organizarán a nivel diocesano y en numerosos movimientos y asociaciones eclesiales, y de la reflexión que el lema jubilar suscitará desde el punto de vista teológico-pastoral. También la Vida Consagrada se verá afectada, dejándose fecundar por el tema propuesto, y animando a los innumerables públicos con los que lleva a cabo su misión. Este texto ofrece una visión general del contenido de la bula papal, para luego cuestionar el significado de un año jubilar sobre el tema de la esperanza hoy día.

1. *Spes non confundit*

La bula de convocatoria del año jubilar está organizada en cinco partes. En la introducción, el Papa comenta brevemente el texto de Rom 5,5: «*La esperanza no engaña*», recordando que Cristo, «puerta» de la salvación (Jn 10,7-9), es a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar como su esperanza. Francisco recuerda que todos esperan, aunque no sepan lo que les depara el futuro. Esto lleva a sentimientos contradictorios, como la confianza, la serenidad y la certeza, o el miedo, el desánimo y la duda. Su deseo es que el Año Jubilar sea «una oportunidad para todos de reavivar la esperanza» (SNC 1).

La primera parte de la bula, «Una palabra de esperanza», retoma algunos puntos de la teología paulina de la esperanza. Para el Apóstol, es «la esperanza que cumple las promesas, da gloria y no defrauda porque está fundada en el amor» (SNC 2). En efecto, ella «nace del amor y se funda en el amor» de Cristo, que se manifiesta en la vida de fe de los fieles, una vida que comienza en el bautismo y está animada por la esperanza, que se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo. Es el Espíritu quien «irradia la luz de la esperanza» en los creyentes, manteniéndola encendida «como una antorcha que nunca se apaga», porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie puede separar a los creyentes del amor divino (SNC 3). Según Francisco, Pablo sabe que la vida está hecha de alegrías y sufrimientos, que el amor se pone a prueba ante las dificultades y que la esperanza puede desaparecer ante el sufrimiento. En estas situaciones, sin embargo, puede surgir una luz, sostenida por la cruz y la resurrección de Cristo, que haga crecer la virtud de la paciencia. El Pontífice recuerda que esta virtud ha sido puesta en fuga por la prisa característica de la sociedad contemporánea, causando daños en las relaciones, dando lugar a la intolerancia y, en muchos casos, a la violencia. En la era de Internet, esta situación no ha hecho más que empeorar. Pero la paciencia es lo que mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y forma de vida (SNC 4).

«Un camino de esperanza» es el tema de la segunda parte, que recuerda que el entrelazamiento de esperanza y paciencia muestra que la vida cristiana es un camino que necesita momentos fuertes “para alimentar y fortalecer la esperanza”. El Papa menciona el inicio de la tradición jubilar, en el año 1300, recordando el lugar que ocupa en ellos la peregrinación, que lleva a «redescubrir el valor del silencio, del esfuerzo, de la esencialidad», además de saciar la sed de los peregrinos. También recuerda el lugar del sacramento de la reconciliación en los años jubilares (SNC 5). El Pontífice relaciona el Jubileo de 2000, que celebró el bimilenario del nacimiento de Jesús, con el Jubileo de 2015, de carácter extraordinario, dedicado a la misericordia, y el Jubileo de 2033, que celebrará el bimilenario de la muerte de Jesús. También presenta el calendario del Jubileo de 2025 (SNC 6).

En la tercera parte, «Signos de esperanza», Francisco afirma que «además de sacar esperanza de la gracia de Dios», es necesario «descubrirla en los signos de los tiempos», interpretándolos «a la luz del Evangelio», para que cada generación pueda responder a «las eternas preguntas» que habitan en el corazón humano sobre el «sentido de la vida presente y futura» (SNC 7). Dos anhelos del mundo contemporáneo son destacados por el pontífice: la paz para el mundo, tan marcado por la violencia y las guerras (SNC 8); y el «entusiasmo de transmitir», ante la «pérdida del deseo de transmitir la vida» (SNC 9). También recuerda que en el Año Jubilar la Iglesia debe ser signo tangible de esperanza para las personas encarceladas (SNC 10), los enfermos (SNC 11), los jóvenes (SNC 12), los migrantes (SNC 13), los ancianos (SNC 14) y los «miles y millones de pobres» en situación precaria (SNC 15).

«Llamamientos a la esperanza», tema de la cuarta parte, asocia el año jubilar con algunos llamamientos proféticos: destinar el dinero utilizado para armamento y gastos militares a un fondo mundial para acabar con el hambre; anular la deuda de los países que nunca podrán pagarla (SNC 16); buscar la unidad de las Iglesias cristianas con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea en 2025.

La última parte, «Anclados en la esperanza», propone una reflexión teológica inspirada, en parte, en la Encíclica *Spes Salvi*, de Benedicto XVI, que toma como punto de partida para su reflexión sobre la esperanza las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Francisco recuerda que la esperanza es la virtud que da «orientación, indicando la dirección y la finalidad de la existencia creyente» (SNC 18). A continuación, retoma los últimos artículos del Credo, que profesan la creencia en la vida eterna (SNC 19), afirmando que la esperanza cristiana consiste en tener la certeza de que, ante la muerte, «la vida no termina, sino que sólo cambia». El testimonio más convincente de esta esperanza es el de los mártires

(SNC 20). La plenitud de la comunión con Dios es la felicidad, que es la certeza de existir para siempre en el Amor, que no defrauda (SNC 21). El texto evoca también el juicio, la purificación (SNC 22) y la cuestión de las indulgencias (SNC 23), recordando que María es el máximo testigo de la esperanza (SNC 24). Para concluir, el Papa cita Heb 5,18-20, según el cual la esperanza es el ancla segura y firme del alma. Por eso debemos dejarnos atraer por la esperanza, que se hace contagiosa para quien la desea (SNC 25).

2. El sentido de un jubileo «anclado» en la esperanza

En un breve texto sobre la esperanza de 1998, el teólogo francés Jean-Yves Lacoste recuerda el camino recorrido por la esperanza en el pensamiento filosófico y teológico occidental, que puede ofrecer algunas pistas para comprender el sentido de un jubileo dedicado a la esperanza³. Partiendo de la Biblia, pasando por la patrística y la Edad Media, el autor muestra cómo el pensamiento moderno ha secularizado la esperanza y qué nuevas orientaciones ella ha tomado en la época contemporánea.

El nacimiento de la esperanza observa Lacoste, está asociado a la categoría de la promesa, central en la teología bíblica de la alianza, que hace que el pueblo elegido mire hacia el futuro, esperando su cumplimiento. Es el caso de Abraham, a quien se promete un hijo, una tierra y una bendición; de Israel, esclavizado en Egipto, a quien Dios promete liberar y conducir a una tierra que mana leche y miel; de David, a quien Dios promete que un descendiente suyo ocupará siempre el trono; del pueblo en el exilio, a quien se promete el regreso a su tierra, con un «mesías» del linaje de David a la cabeza. La venida de Cristo observa el autor, cambia esta perspectiva, porque representa el cumplimiento de todas las promesas. Los que creen en Él viven ya en el tiempo del cumplimiento, aunque en una tensión entre el «ya» de la salvación dada por la fe de los que creen en Él, y el «todavía no» de la existencia histórica que espera la «segunda venida» de Cristo, el fin de los tiempos y la resurrección final.

La reinterpretación cristiana de la esperanza se refleja, por una parte, en la esperanza milenarista que ha marcado de tantas maneras la historia de las Iglesias cristianas, asociando ciertas expresiones de la sociedad y de la política al reino de los mil años; y, por otra, en la comprensión de la esperanza como una de las virtudes teologales, a la luz de la lectura

³ Lacoste (dir.), *Dictionnaire Critique de Théologie*. 400-404. Aunque el texto corresponde a la situación en el momento en que fue escrito (1998), proporciona información que nos ayuda a comprender el lugar que ha ocupado la esperanza en la vida y el pensamiento contemporáneos.

paulina de 1 Cor 13,13, según la cual la esperanza espera el «eschaton», es decir, la bienaventuranza final que el tiempo del mundo no puede ofrecer. Su contenido se asocia, pues, a lo que se profesa en los últimos artículos del Credo: la resurrección, la vida eterna, que conduciría a los fieles a la visión beatífica.

En la época moderna, la comprensión de la esperanza a la luz de la idea de visión beatífica, a realizar en la otra vida, se fue secularizando. A ello contribuyó el proceso de *remesianización* de la esperanza, presente en la noción de progreso, con sus desarrollos en el campo del conocimiento y de la producción tecnológica, que afectaron a todos los ámbitos de la sociedad. También fueron decisivas las teorías políticas que surgieron a partir de ello, como la de tipo liberal, centrada en el individuo y en la realización de todas sus potencialidades; y la de tipo social, orientada a la construcción de un mundo más justo en la Tierra.

La teología, según Lacoste, estuvo marcada por estas diferentes relecturas de la esperanza secularizada, tanto acogiéndolas como criticándolas. Así lo demuestran las corrientes de la teología liberal de finales del siglo XIX y principios del XX, y los diversos proyectos teológicos marcados por una preocupación por la «significación» y la «pertinencia» de los contenidos de la fe cristiana, en el primer caso dirigidos al sujeto moderno y a sus preguntas existenciales de sentido, y en el segundo a la sociedad y a los diversos dramas que la atraviesan, como el sufrimiento causado por las injusticias estructurales, que afectan sobre todo a los sectores más vulnerables.

Sin embargo, el optimismo de la razón que secularizó la esperanza bíblica está marcado por terribles contradicciones, que tienen sus expresiones más dramáticas en las dos guerras mundiales del siglo XX, en los sistemas totalitarios que dominan distintos países, en los procesos coloniales y en la injusticia estructural que condena a millones de seres humanos a una injusta situación de pobreza. El pensamiento posmoderno criticó este optimismo, asociándolo a la lógica de los «grandes relatos» con pretensiones de hegemonía y totalidad. A esta lógica se oponía la de los «pequeños relatos», que dan cabida a la diferencia y a la alteridad, escapando así a cualquier intento de dominación y abriendo espacio a la pluralidad. Nuevos caminos se abren entonces a la esperanza, algunos todavía marcados por una perspectiva inmanente, otros abriéndose al misterio que es la propia alteridad. La pluralidad de «pequeños relatos», sin embargo, tiende a fragmentar la creación de un consenso más amplio que reagrupe las esperanzas de un «nosotros» colectivo, creando lo que el papa Francisco, en su Encíclica *Fratelli tutti*, llamó una «guerra a pedazos», presente en los conflictos bélicos que afligen a diversas naciones, pero

también en los procesos de polarización presentes en muchas sociedades que transforman al diferente en enemigo.

Esta breve reseña del texto de Lacoste ofrece algunos elementos importantes para releer la bula que convoca el año jubilar. La estructura del texto pontificio es reveladora si se lee en relación con el camino recorrido por la reflexión sobre la esperanza en la teología y en el pensamiento que la ha secularizado. Los «grandes relatos» de la modernidad, marcados por la idea de progreso, movilizaron a varias generaciones en la búsqueda de construir un «Reino de Dios» en la subjetividad y en la sociedad. Sin embargo, el optimismo moderno ha mostrado sus límites y contradicciones, dando lugar a los «pequeños relatos» y a su esperanza fragmentada, a menudo con dificultades para construir un «nosotros». El texto papal, tal como se ha presentado, comienza comentando la afirmación de Pablo de que «la esperanza no engaña», mostrando cómo redescubrirla hoy. A continuación, utilizando la metáfora del camino, recuerda la experiencia de la peregrinación como un «momento fuerte» que lleva a la conversión, además de «alimentar y fortalecer la esperanza». Tras señalar las diversas prácticas típicas de un año jubilar, el Papa invita a leer dos signos de los tiempos: la búsqueda de la paz y el entusiasmo por transmitirla. En realidad, estos dos signos apuntan a los desafíos a los que se enfrenta la esperanza en tiempos de fragmentación: la guerra, que es una de las expresiones de la dificultad de construir el «nosotros» en el conflicto entre «pequeños relatos»; la desesperanza ante el futuro, expresada por una subjetividad atrapada en los «ritmos frenéticos de la vida» que le impide querer transmitirla.

Además de estos signos que interpelan hoy a la esperanza, el Papa señala situaciones que carecen de esperanza: los presos, los enfermos, los jóvenes, los migrantes, los ancianos y los pobres. También hace tres llamamientos proféticos: crear un fondo para luchar contra el hambre con los recursos utilizados para comprar armas; perdonar la deuda de los países pobres; buscar, entre las Iglesias cristianas, avanzar en la construcción de la unidad visible.

Es interesante observar, tanto en estos signos como en estos llamamientos, la relación que el Papa establece entre la esperanza y la vida concreta, especialmente la más amenazada, es decir, la esperanza debe construir un futuro, especialmente para aquellos cuya vida está más amenazada. Es ciertamente una virtud teológica y apunta a los últimos artículos del Credo cristiano, «la vida eterna», pero ha de traducirse en una vida con más sentido y abierta a ofrecer sentido a los otros que ya están aquí.

Esta perspectiva, que tanto marcó a la Iglesia latinoamericana en el período posterior al Concilio, dando origen a las teologías de la liberación

y fecundando la Vida Religiosa, necesita ser redescubierta. Y parece que esto es lo que pretende la bula papal. ¿Es importante celebrar el Jubileo de la Esperanza? Sin duda, y con los muchos gestos y prácticas simbólicas que prevé y propone. Es una oportunidad para que la Iglesia, como comunidad nacida de la esperanza suscitada por el Crucificado-Resucitado, sea una fuerza de esperanza en las situaciones más amenazadas por la desesperación, demostrando que la esperanza no es engañosa.

Conclusión

La Vida Religiosa en América Latina y el Caribe será ciertamente llamada a participar y contribuir a la animación del año jubilar. El itinerario espiritual, que incluye diversas prácticas típicas de un jubileo, como peregrinaciones, reconciliaciones e indulgencias, no puede separarse de la perspectiva de fondo propuesta por la bula del Papa. La esperanza debe traducirse en prácticas concretas que ayuden a las personas a encontrar sentido a su existencia ya en esta vida, ciertamente orientada hacia el futuro definitivo, pero que ya se anticipa en la vida plena de aquí.

Bibliografía

Francisco. "*Spes non confundit*. Bula de convocación del Jubileo ordinario del año 2025 (9 de mayo de 2024)". *Vatican*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html (consultado el 27 de agosto de 2024).

Lacoste, Jean (dir.). *Dictionnaire Critique de Théologie*. París: PUF, 1998.